

Lo mismo Saint-Acheul que la Congregacion fue el blanco de los tiros del liberalismo: era el colegio mas brillante de Europa, y, no obstante, se le supuso un centro de hipocresía y de ignorancia, en el que se educaba á la juventud francesa. Para desmentirlo, basta decir que á él enviaban sus hijos todos los hombres eminentes de la época; de su seno se vieron salir elocuentes oradores, ilustres escritores y virtuosos prelados de la Iglesia, tales como el vizconde de

sentasen las pruebas de sus asertos, contestaron unánimemente que se hallaban continuadas aquellas palabras en la primera edicion. La tenemos á la vista, pero desgraciadamente para los periódicos liberales, no alcanza aquella mas que hasta la muerte de Luis XVI; por lo que ya se ve ser de todo punto imposible hacerse en ella mencion alguna del *marqués de Bonaparte*, por ser entonces muy jóven y completamente ignorado. A pesar de quedar esto tan plenamente probado, nunca han querido reconocerlo los adversarios de la Sociedad de Jesús: al contrario, han continuado siempre empleando la sátira á fin de propagar aquél absurdo que tan fácilmente fue creído como una verdad incontestable por la ilustracion liberal. Semejante acusacion fue sacada del lodazal de las pasiones de partido, y elevada por Mr. Passy hasta la cámara de los Pares. Próximo á terminar su carrera el P. Loriguet, quiso librar á la Sociedad de Jesús de las trascendencias que podian seguirse por tan ridícula imputacion; y á este fin escribió á Mr. Passy en 9 de mayo de 1844. Luego de haber sido redactada esta carta de la que vamos á insertar á continuacion algunos párrafos, se le obligó á sacrificarla á un sentimiento de humildad, y á conservarla guardada entre sus papeles. Como el P. Loriguet no existe ya, nos creemos autorizados para publicar la contestacion que entonces dirigia al miembro de la cámara de los Pares.

«Señor, es el autor de una *Historia de Francia* atacada por vos ante la cámara de los Pares, el que se toma por fin la libertad de escribimos. En 29 de abril último me enterásteis, así como á muchos otros, de que habia dado á «Napoleon en mi obra los títulos de marqués de Bonaparte y de teniente general de los ejércitos de Luis XVIII. No contento aun con haberlo dicho intencionalmente sosteniendo ante la noble Cámara, sin retroceder ni aun en presencia de todas las ediciones reunidas, las cuales os daban, perdonadme la expresion, el mas solemne mentís.

«Ya que con tanto empeño habeis combatido la verdad, debo apelar á vuestra conciencia y reclamar contra un falso aserto que (creyéndos de buena fe) me presumo habeis solo reproducido en virtud de datos que carecen de todo fundamento.

«Puede sin duda haber habido algun falsario capaz de cometer la necedad de «sustituir en algunos ejemplares una hoja en la que consten aquellos títulos, «al verdadero texto del autor.

«Suponed, pues, que existe esa hoja postiza, que os viene á mano y que podeis presentarla á la cámara de los Pares... Aun en este caso, restan 100,000 ejemplares repartidos en todas partes desde 1814, para protestar contra semejante impostura; asimismo existe la obra estereotipada hace ya mas de

Bonald, el conde de Sèze¹, primer presidente del tribunal de Casacion, Frayssinous, de Bombelles, de Quélen y otros muchos dignatarios del clero y de la magistratura, que bebieron su virtud y su saber en las cristalinas fuentes de Saint-Acheul. En el mes de agosto de 1825, cuando con mas furor perseguia el liberalismo á la Compañía de Jesús, recibió Saint-Acheul una visita de Mr. Dupin, uno de los corifeos de aquel partido, el cual pidió saludar á los Padres á quienes profesaba su jóven introductor, Carlos Ledru, la estimacion mas sincera. Fue Mr. Dupin acogido por el P. Loriguet con aquella antigua cortesía, que en presencia de un adversario sabe acallar todas las hostilidades y desvanecer para siempre todos los odios de partido. Recorrió el abogado constitucional con ojo investigador toda la casa y el conjunto de los estudios; y no pudo menos de hon-

«treinta años en poder del impresor, y su inmutable existencia es una reclamacion perpétua é irrecusable; á mas de que la hoja entera clandestinamente «sustituida á la verdadera, en el caso de que exista, siendo examinada con «diferencia por inteligentes, dará siempre por la diferencia del carácter y del «resultado infalible que deberá confundir al culpable y ridículo autor de «aquel odioso atentado. Finalmente, hay hoy en París, en Lyon y en toda «Francia, tantos establecimientos, tantos maestros é institutrices, y tantos «millares de discípulos, que desde 1814 han tenido y tienen todavía esa obra «entre sus manos, que podeis interrogar á cuantos querais, y á fin de abreviar «las investigaciones, indicadles solamente el número de la página terrible; ha- «ceos vos mismo ayudar en esa importante tarea por Mr. Portalis, cuya auto- «ridad no puede seros dudosa; y luego me diréis, ó mejor podréis decirlo á la «cámara de los Pares, ante la cual fuisteis mi denunciador, cuántas personas «habréis encontrado que hayan leído en mi *Historia de Francia* la insulsa «frase del marqués de Bonaparte, teniente general de los ejércitos de «Luis XVIII.»

¹ Mr. de Sèze, defensor de Luis XVI ante la Convencion, fue acogido en Saint-Acheul tanto por los Padres como por los discípulos con las mayores pruebas de respeto: saludósele á su entrada con el canto de:

¡Oh Ricardo! ¡oh mi gran rey!
Todo el mundo te abandona!
Solo yo sigo tu ley
Y soy fiel á tu persona.

Conmovió vivamente este canto al venerable magistrado, el cual en presencia de todos los discípulos recordó que debia su educacion á los Jesuitas. «¡Ah! «señor Conde, repuso el P. Loriguet, es preciso convenir en que os aprove- «chásteis muy poco de nuestras lecciones.—¿Cómo es esto? contestó admirado «Mr. de Sèze.—Consiste, añadió el Padre, en que los Jesuitas, como gene- «ralmente se sabe, debieron enseñaros como á los demás á matar á los Reyes, «y vos por el contrario los habeis defendido con inminente peligro de vuestra «propia vida.»

rarse á sí propio honrando á aquel Instituto en el que todo recordaba aun á los Porée, á los Jouvency y á los Tournemine. Regresó el día siguiente Mr. Dupin al establecimiento, siendo acogido en él con la misma deferencia, y encontrando en todas partes la misma afabilidad: los jóvenes realistas, educados bajo la dirección de los Jesuitas, tuvieron la feliz idea de dirigir en sus trabajos de aquel día un elogio lleno de tierna delicadeza á Mr. Dupin que le conmovió vivamente. Tomó entonces esta la palabra exclamando: «Veo que es Saint-Acheul justamente célebre, y que la educación que en él se os da «debe producir sin duda alguna los mas brillantes resultados. Y «¿cómo no será así cuando está fundada sobre la verdad, esto es, sobre la Religión, fuera de la cual no puede haber nada estable y «verdaderamente grande, porque ella sola es la verdad? Sí, cual «otra Cornelia, podrá vanagloriarse de semejantes hijos, mostrándolos con igual confianza á sus amigos y enemigos. En cuanto á «mí, señores, os agradeceré siempre sinceramente la dulce satisfacción que me habeis procurado.»

El abogado del liberalismo y los Jesuitas acababan de conocerse y de amarse, cambiando sus obras ¹ en prueba de recíproca amistad; y siguiéndose despues una correspondencia entre él y los Padres. En 2 de junio de 1826 determinóse Mr. Dupin á dar treguas á sus elocuentes trabajos é irse á descansar de ellos por algunos días en compañía de los Jesuitas, á quienes atacaba entonces la prensa con una vehemencia inaudita. Era el mismo 2 de junio la fiesta del Sagrado Corazon, á la que determinó asistir el ilustre escritor. En el momento en que se desplegaba la procesion vistosamente, compuesta de los numerosos escolares que entonaban las alabanzas de Dios, acercóse el P. Loriguet al célebre jurisconsulto para invitarle á que tomase uno de los cordones del pábulo, sobre lo que se excusó Mr. Dupin diciendo: «No me creo digno de ello.» Contestóle entonces el Jesuita con espiritual malicia: «Nadie, en efecto, hay en la tierra «digno de ello.» Así atacado Mr. Dupin en la última trinchera de su modestia interesada, aceptó el honor que se le conferia, y radiando en su frente la dicha, marchó junto á Roger de Beauvoir que iba

¹ El primer opúsculo que dirigió Mr. Dupin á los Jesuitas, era titulado: *Los magistrados de otro tiempo, los magistrados de la Revolución, los abogados del porvenir.* Léase en la dedicatoria escrita de puño propio del autor: «Dedicado á los señores de Saint-Acheul en prueba de mi estimacion y respeto.— DUPIN.»

vestido de ángel, atravesando las verdes llanuras y los caminos cubiertos de flores que debía recorrer el santísimo Sacramento. Alejóse Mr. Dupin el día siguiente, llevándose impreso en su corazón el tierno espectáculo del día anterior, que sin duda había sido uno de los mas felices de su vida. En el momento de dejar á Amiens escribió al P. Loriguet para demostrarle su eterno agradecimiento: «Llevo conmigo el recuerdo de las mas gratas emociones que haya experimentado jamás.» Pronto, sin embargo, encontraron en París aquellas emociones un violento correctivo: Mr. Dupin solo conservó el aliento de la verdad hasta la hora del peligro; pero una vez llegado este, retrocedió, porque ante todo necesitaba elogios. Pocos días despues de la procesion de Saint-Acheul, hé aquí lo que escribia el P. Loriguet á su familia: «La Francia entera se ocupa en este momento de la visita que Mr. Dupin nos ha hecho: las sátiras «llueven sobre él de todas las plumas liberales; no sé si tendrá el «valor necesario para resistirlas y volvernos á visitar.»

En efecto Mr. Dupin no volvió, por las razones que expresa Loriguet en los anales inéditos del pequeño seminario de Saint-Acheul: «Tenia, dice al referir la odisea del Demóstenes liberal, la ambicion «de salir diputado, y solo podia lograrlo en aquella época apoyándose en una faccion. Todos los periódicos de su partido se alzaron «contra él al saber la visita y el cargo que se le habia confiado en «Saint-Acheul, acusándole de tráfugo, de devoto, de hipócrita «y de jesuita. Desde el mismo instante, los folletos en verso y prosa, los tiros malignos, los epigramas y los sarcasmos mas crueles «fueron dirigidos de todas partes contra Dupin, el cual no tuvo el «valor suficiente para resistir y sostener heroicamente sus primeros «pasos, teniendo por el contrario la debilidad de excusarse. No por «ello pudo esta triste apología dejar de desarmar al partido que no «cesó de perseguir á Mr. Dupin hasta haber logrado de este como «prenda segura de arrepentimiento, hacerle estampar su firma en «la harto funesta *Denuncia* de Montlosier contra el partido clerical, «ó lo que es lo mismo, contra la religion católica. Desde entonces «rompimos con él abiertamente, cesando toda correspondencia.»

El hombre que por la naturaleza misma de su talento agresivo podia prescindir tan bien de esa gloria fútil que prodigan los periódicos por la mañana, y que es ya á la noche olvidada hasta del lector mas asiduo, no pudo resistir la guerra de sarcasmos de que se vió constante victima. Retrocedió Mr. Dupin ante las sátiras de sus

amigos por no tener el suficiente valor para resistir aquella cargada general de mofa y de desprecio que de todos los puntos estalló contra él. Inclino, pues, la cabeza bajo el yugo revolucionario, y abrazó la hipocresía legal y la crueldad parlamentaria, guardándose bien de publicar las virtudes que acataba en el fondo de su corazón, transformándose, por el contrario, en enemigo, si no ostensible, al menos supuesto de la Compañía. Los Jesuitas, que durante este tiempo fueron sin quejarse el blanco de todos los ultrajes, despreciaron el medio que se les ofrecía para llegar á ser mas populares que Benjamin Constant y La Fayette, pues para ello solo debían abjurar su principio de fe y marchar bajo la bandera del liberalismo. En 5 de octubre de 1826, época en que se les perseguía con mas encarnizamiento, trazó su provincial Godinot á los hijos de san Ignacio su regla de conducta: «Ya conocéis, les escribia, cuánto nos importa en las circunstancias presentes merecer la aprobacion de Dios así como tambien la aprobacion de los hombres. Al objeto, pues, de lograr una y otra, recomiendo mas eficazmente que nunca á todos los sacerdotes, regentes, vigilantes y coadjutores, que se entreguen á Dios con confianza, y que practiquen las sólidas virtudes de obediencia, caridad, humildad, pureza de intencion y modestia religiosas. Que todos, pues, en las obras de celo, en las predicaciones, en las instrucciones, en el catecismo y en todas las relaciones que deban seguir, sea con quien fuere, guarden siempre las reglas de prudencia y discrecion, y hagan cuanto prescribe el espíritu religioso.»

Estas secretas instrucciones nos dan una exacta idea de lo que han sido siempre los Jesuitas. Creyeron que era preferible hacer frente á la tormenta, antes que faltar, aunque no fuese sino en apariencia, á su deber; y hé aquí por qué permanecieron impasibles ante los envenenados tiros de sus enemigos. Saint-Acheul era, como la Congregacion, un lugar destinado á ser objeto de todas las venganzas y acusaciones: el nombre de Loriguet, así como el de Ronsin, fue, al decir de sus enemigos, un talisman ante el cual se abrieron todas las puertas de las Tullerías y de los Ministerios. Loriguet, pues, vino á ser el dispensador de todos los favores; y en el momento en que la Francia constitucional le proclamaba árbitro supremo de todos los destinos, escribia el pobre Jesuita á su hermano la siguiente carta en 5 de noviembre de 1827: «Prometeros mi recomendacion para Mr. Raineville, seria engañaros miserablemente; pues no recono-

ce mejor recomendacion que la del mérito, preferente siempre para él á todas las demás. En mis recomendaciones, cuando hago algunas, lo que sucede raramente, solo me limito á indicarle el mérito, porque conozco á fondo á Mr. Alfonso de Raineville á causa de haber sido su profesor de retórica, y de haber terminado sus estudios aquí; nadie, pues, debe extrañar que le conozca tanto, ni que esté en tan buenas relaciones con él.» Hasta á un hermano rehusa Loriguet su intervencion en los términos mas positivos; y abandonando la tierra para elevarse á mas altas consideraciones, añade luego: «Ya que estamos en relaciones y nos hemos hecho las mas íntimas confianzas, debo recordaros que hace ya hoy catorce años que murió nuestro padre, que estamos ya próximos á la vejez, que nuestro turno se acerca, y que seria en mi concepto muy triste dejarnos sorprender, sobre todo despues de una larga vida en la que hemos tenido todo el tiempo necesario para prepararnos.»

En París y en el mundo nunca se consideró á los discípulos del Instituto tales cuales eran. Como el historiador no podia seguirles hasta en sus relaciones íntimas, todos les juzgaron por el retrato que de ellos hizo la mas ciega pasion. Se les suponía intrigantes y ambiciosos á fin de mantener entre las masas la sorda irritacion que se pretendia hacer estallar algun dia contra la monarquía: así como la Congregacion fue tambien Saint-Acheul objeto de la mas cruel persecucion por parte de la prensa liberal; tambien las otras casas ó pequeños seminarios de la Orden sufrieron, aunque en menor escala, el propio ostracismo. La prensa, la tribuna y el foro entrevieron á los Jesuitas dueños del mundo; y el *Constitucional* en sus sueños les creyó tambien inmensamente ricos; anunciando que todos los grandes terrenos que estaban en venta eran su codiciosa presa¹, y

¹ En el mes de abril de 1825, referia el *Constitucional* que acababan de comprar los Padres por el precio de un millon y cien mil francos la antigua abadía del monte San Martin, junto á San Quintin, por lo que Mr. Thiers, redactor de aquel periódico, exclamaba poseido de su virtuosa indignacion: «¿De dónde sacan los Jesuitas tantos millones? ¿se dedicaban acaso al comercio? ¿querian convertir Saint-Acheul en una nueva sucursal?»

Pocos dias despues, escribió el notario encargado de la venta de aquella finca al *Constitucional*, diciéndole que la abadía de San Martin estaba aun por vender.

Afirmó tambien el mismo periódico en su número correspondiente al 13 de agosto de 1819, que los Jesuitas habian establecido su cuartel general en el vi-

vigilándoles con la misma exactitud en todos los puntos del globo, se hizo el intérprete de las quejas paternas, y obligó á la Europa á enternecerse por las inauditas crueldades de que suponía desgraciadas víctimas¹ á los jóvenes educados por los Jesuitas. Anunció asimismo figurando estremecerse de horror, que la Inquisicion, tal cual la concebía Felipe II de España, iba á plantearse en Francia, y que los Padres de la Compañía serian los Torquemadas de los primeros autos de fe.

Estuvo tan en boga el sistema de impostura, que el mismo Capéfigue creyó deberse declarar contra semejante táctica. «El *Constitucional*, dice², se declaraba contra la invasion del partido clerical ó administrativo: por esto veia aumentar cada día su popularidad inmensamente. El flaco de esta política era adoptar todas las quejas que las pasiones de partido y las rivalidades locales pudiesen inspirar, por mas que fuesen falsas unas y desnaturalizadas las demás: el mentís que por ellas recibía el *Constitucional*, como no llegaba hasta sus suscriptores, en nada alteraba el sistema de quejas y de agravios que habia adoptado contra el Gobierno.»

Un enemigo mas temible aun para los Jesuitas acababa entonces de lanzarse al palenque. El *Constitucional* y el *Correo* encontraron cómplices en la Audiencia de París, los cuales se habian unido á ellos por medio de un pacto solemne. Los magistrados de 1825 solo vieron en estos ataques un exceso de celo galicano; pretendiendo que la rehabilitacion de los Jesuitas en Francia y la actitud ultramonta-

horrio de École, á una legua de Besanzon, donde hacian construir un verdadero palacio que les costaba ya cuatrocientos mil francos, y que se proponian desde allí dirigir las elecciones. Para convençerse de la falsedad de este aserto, basta decir que no existia ningun jesuita en el Franco Condado ni en todo el Este de Francia.

¹ Refiere el *Constitucional* en sus números del 22 y 23 de enero de 1826 la historia de un infeliz jóven á quien los Jesuitas de Brig encerraron en un calabozo, del cual pudo escaparse, teniendo que ir despues errante hasta que se le encontró en la mas completa desnudez. Contra su costumbre, tuvo el *Constitucional* la imprevision de anunciar el nombre del jóven, diciendo que era hijo de Mr. Courvoisier, fiscal de S. M. en Lyon. Mr. Courvoisier empero desmintió esta fábula, escribiendo á la redaccion diciendo «que su corresponsal de Ginebra no merecia el menor crédito, por cuanto los Jesuitas de Brig procuraban ó atendian con la mayor solicitud á la educacion de los jóvenes que se les confiaban.»

² *Historia de la Restauracion por un hombre de Estado*, t. VI, pág. 180. (París 1832).

na de una parte del Clero los habian provocado. Por una obcecacion que la fe de los pueblos deplorará por mucho tiempo, dejaron de reprimir el espíritu revolucionario, prestando por este medio un eminente servicio á la incredulidad. Sin quererlo tal vez, concedian aquellos magistrados con su impremeditada conducta un derecho de impunidad y de audacia á los escritores que por ambicion ó fanatismo se declaraban irreconciliables enemigos del orden legal y de la Religion. El funesto decreto del 3 y el del 5 de diciembre de 1825 debian crear nuevos agresores, y uno de ellos fue el conde de Montlosier. Era este un antiguo atleta de la monarquía, hombre cuyas ideas feudalmente retrógradas hacian palidecer de espanto á los liberales de 1826; un escritor que ya diez años antes les dijo: «Las atrocidades de la Revolucion no están en el corazon del hombre, sino en la esencia de vuestras doctrinas¹.» Pero el conde de Montlosier debia complacer ciertas rencillas jansenísticas; por esto ofreció al servicio de la impiedad constitucional su nombre, sus virtudes privadas, su necesidad de figurar y su impetuosa cólera contra las usurpaciones del partido clerical. Vióse acogido con estrepitosas aclamaciones, y se le recibió por ello como un libertador en aquel campo en que todo hasta entonces le habia sido hostil. La necesidad comun reunió bajo la misma bandera á los bastardos de Voltaire y á los trovadores de Port-Royal: alianza que, como todas las alianzas monstruosas, no podia menos de causar una catástrofe. Olvidáronse todos los agravios pasados por no pensar mas que en prodigarse incienso; diéronse los nuevos coligados el vano título de patriotas desinteresados y de hombres dispuestos á arrostrar hasta el martirio, marchando luego compactos contra la Congregacion y la Iglesia bajo la direccion de la nueva cruzada. Publicóse la *Memoria consultiva sobre un sistema religioso que tendia á destruir la Religion, la sociedad y el trono*; obra que fue el Évangelio de todos los escritores, abogados, banqueros y conspiradores que prestaban á la Revolucion su pluma, su elocuencia, su dinero ó su libertad.

En presencia de un Gobierno al que asistia la fuerza y el derecho, pero que tomblaba á ia sola idea de verse atacado, organizó la Revolucion su vasto sistema de propaganda. Contaba ya e liberalismo á la sazón en Francia, Italia, Alemania, Rusia y en la Península, un sin fin de sociedades secretas, de las que salieron despues sus Sand, sus Louvel, sus cuatro sargentos de la Rochela, sus Troubetskoi, sus

¹ *De la monarquía de 1816*, por el conde de Montlosier.

Pestel y sus Alibaud, y en una palabra, todos aquellos hombres de triste memoria que contribuyeron en todo ó en parte á la desgracia de su país. Tanto por la educacion como por la predicacion fueron los hijos de san Ignacio un obstáculo que se opuso siempre á sus miras; por esto la Revolucion, so pretexto de abatir el espíritu jesuítico junto al trono legítimo, denunció á la Congregacion, cuya ilegalidad y tendencias ultramontanas trató de demostrar Montlosier. Su *Memoria consultiva*, que era tan solo una arma de partido, la convirtió el liberalismo en una obra de genio y de virtud. Desde entonces fue Montlosier su héroe, que compartió con Marcial Marcet de la Roche-Arnaud la corona cívica cuyos florones tenia suspendidos la oposicion cada semana sobre la cabeza de sus mercenarios ó de sus alucinados.

El primer folleto del veterano de la Asamblea nacional produjo en los ánimos irreflexivos un efecto verdaderamente eléctrico, del que en realidad participaba el propio Montlosier. Ese hombre, cuyas ideas eran tan despóticamente aristocráticas, se dejó embriagar por las alabanzas de la oposicion plebeya cuyas tendencias detestara siempre; pero se habia logrado intimidarle con los Jesuitas, y por esto proclamó sus aprensiones con sinceridad, como se desprende de estas palabras continuadas en la primera página de su obra¹: «Un vasto sistema, ó mejor, una vasta conspiracion contra la Religion, el Rey y la sociedad se ha formado; la he seguido en sus progresos, y la contemplo aun en el momento en que va á cubrirnos de ruinas.» Creia el conde de Montlosier á la Francia arrastrada por los Jesuitas y por el Clero galicano hasta el borde del abismo ultramontano; y por esto rogaba encarecidamente al Rey y á su Gobierno que salvaran al país de tan terrible catástrofe. El Rey y el Gobierno, que sabian á qué atenerse respecto de aquel peligro quimérico, permanecieron sordos á las filípicas de la oposicion; por lo que hizo presentes entonces Montlosier sus temores á las cámaras legislativas y á los tribunales judiciales.

Para adquirir entonces celebridad no debia hacerse mas que marchar por la senda del liberalismo y hacerse eco de sus denuncias. Las tribunas de ambas Cámaras, la Audiencia de París, y todo el foro en general abrazaban el partido de Montlosier; de lo que se siguió una de esas acaloradas cuanto inútiles reyertas parlamentarias

¹ *Memoria consultiva sobre un sistema religioso y político dirigido á derribar la Religion, la sociedad y el trono*, por el conde de Montlosier.

que por medio de algunas elocuentes palabras inventadas para mejor fingir, arrojan la perturbacion en las masas, alejando todavia mas el conocimiento del hecho evidente ó del principio verdadero. Declamóse, pues, en pro y en contra de los Jesuitas con aquella ardiente elocuencia que contribuye mucho mas á la exaltacion de las pasiones que al convencimiento de la fria razon. Los defensores de la Religion y del trono no se atrevian á llevar la cuestion á su verdadero terreno, ni á atacar de frente á sus adversarios cada vez mas osados por su pacífica actitud: nadie se atrevia á abordar frecuentemente aquella cuestion, que por último se resolvió en contra de la libertad religiosa.

Habia ganado el liberalismo la primera batalla, y á fin de dar á su victoria la importancia deseada, envolvió en la misma acusacion dirigida contra los Jesuitas al Episcopado y á todo el Clero francés, bastando tan solo para ser considerado como jesuita, ser sacerdote, católico ó realista. La Congregacion y Saint-Acheul eran ya presa de la combustion revolucionaria; solo faltaba entonces hacer prender el incendio en Montrouge, y esto fue lo que procuró el liberalismo, llegando á ser para él aquel noviciado el centro de las hipótesis mas extravagantes. Era una casa de humilde apariencia, sin que hubiera en su exterior ni interior lujo alguno, y en la que, á pesar de hallarse á las puertas de París, se respiraba la mas envidiable calma.

Para el hombre que conoce la vida de los Jesuitas y las leyes que regulan la existencia de los novicios, hay algo de moralmente imposible en todas las fábulas á que sirvió de pretexto este establecimiento. Montrouge fue durante algunos meses, segun los liberales, el árbitro supremo de la Francia: dictó leyes á los Ministros, mandó á los Príncipes, dirigió á la policia y decidió con su suprema autoridad la guerra ó la paz, segun convenia á sus ambiciosas miras. Antes de que adquiriese Montrouge esta reputacion europea, ya habia sido el teatro de un crimen nacido al soplo de la calumnia constitucional; cuyo crimen, á pesar de haber hecho correr la sangre de un jesuita, pasaron los periódicos en silencio. Cuando en 1823 llegó por poco á perecer el P. de Brosse bajo el puñal de un operario cuya imaginacion lograron exaltar las imposturas revolucionarias, exclamaba Pablo Luis Courier en su *Libreto*¹: «¡Pablo Luis, alerta,

¹ Léese en las *Obras de Courier, Libreto de Pablo Luis*, pág. 223: «Paseándome esta mañana por el *Palais-Royal*, Mr. H...rd me ha dicho al